



PHILIP
WOMACK

CÓMO
ENSEÑARLE LOS
CLÁSICOS
A TU PERRO

UNA EXTRAVAGANTE INTRODUCCIÓN
A LOS ANTIGUOS GRIEGOS Y ROMANOS

PAIDÓS

PHILIP WOMACK

CÓMO ENSEÑARLE LOS CLÁSICOS A TU PERRO

Una extravagante introducción a
los antiguos griegos y romanos

Traducción de Pablo Hermida Lazcano

PAIDÓS Contextos

Título original: *How to teach classics to your dog: A Quirky Introduction to the Ancient Greeks and Romans* de Philip Womack
Publicado originalmente en inglés en el Reino Unido y en Norteamérica por Oneworld Publications, 2020

1.^a edición, octubre de 2022

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Philip Womack, 2020
Publicado por acuerdo con Oneworld.
© de la traducción, Pablo Hermida Lazcano, 2022

© de esta edición,
Editorial Planeta, S. A., 2022
Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona, España
www.paidos.com
www.planetadelibros.com

ISBN 978-84-493-4005-5
Fotocomposición: Realización Planeta
Depósito legal: B. 14.039-2022
Impresión y encuadernación en Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Impreso en España – *Printed in Spain*



SUMARIO

Introducción	9
1. En plena canícula: Perrofacio	15
2. <i>Cave Canem</i> : Los perros en la vida y la literatura clásicas	29
3. Un compendio candivino: Quién es quién en la mitología	45
4. <i>Latro, latras, latrat</i> : Una nota sobre la lengua.	83
5. ¡Cara de perro!: La <i>Iliada</i> de Homero	97
6. El perro Argos: La <i>Odisea</i> de Homero.	123
7. Amamantados por lobas: la <i>Eneida</i> de Virgilio	145
8. Perros cambiantes: Las <i>Metamorfosis</i> de Ovidio	169
9. Una vida de perros: Los antiguos trágicos griegos.	185
10. Aullidos de amor: Catulo y Safo	207
11. Una perra pintada: El comienzo de la historia.	219
12. ¿A cuatro patas?: Sexo y alcantarillas.	237
Apéndice A. Algunas expresiones latinas útiles.	249
Apéndice B. Gramática latina.	251
Apéndice C. El alfabeto griego.	255
Apéndice D. Autor, autor.	257
Apéndice E. El trono de Amiclas	261

Bibliografía	263
Agradecimientos	269
Índice onomástico y de materias	271

CAPÍTULO

1

EN PLENA CANÍCULA

Perrofacio

Era la canícula de principios de agosto y, en justicia, debería haber hecho un calor abrasador.

Había un pequeño problema, sin embargo. No estaba deleitándome en una isla griega, tomando el sol a orillas del mar tinto como el vino, o inhalando cócteles junto a unas ruinas romanas.

Lo único que guardaba siquiera una leve semejanza con el vino tinto era el nubarrón que se cernía sobre mí. Por supuesto, estaba en Inglaterra.

Una tormenta de lluvia llevaba tiempo en impenitente vaivén, mientras Una y yo nos acurrucábamos míseramente bajo un árbol al pie de la Colina del Parlamento en Hampstead Heath, que es lo más parecido al campo que puedes encontrar en Londres.

Unos perros peleaban a unos metros, formando una bola de pelo y de cabezas que recordaba a Cerbero, el sabueso del Hades, y hacían ciertamente suficiente ruido como para molestar a los muertos. Eso le dije a Una.

Ella me miró con una expresión muy particular que saca a relucir quizá tres o cuatro veces al día. Indica un ligero desdén.

¿Cerbero? —dijo.

Esa mañana, más temprano, Una me había empujado fuera de casa, casi explotando de energía. Ahora no entendía por qué nos detenían unas gotas de lluvia.

Si uno se mojaba, podía secarse sacudiendo el cuerpo entero, desde el hocico hasta la cola, y, en su defecto, utilizar la base del sofá de casa. ¿Por qué no podíamos seguir adelante?

He de mencionar que Una es una elegante lurcher blanca y negra. Resolló. El atisbo de una ardilla la estaba haciendo retorcerse.

Cerbera —le dije a Una—. ¿Conoces al monstruoso perro guardián del Hades? ¿Ese al que Heracles tuvo que sacar del inframundo?

Mi fina camisa estaba ya empapada.

Una suspiró.

Me preguntaba cuánto más tendríamos que esperar, e incluso estaba pensando en que nos enfrentásemos a la lluvia torrencial, cuando por fin esta cedió el paso a una llovizna y los negros nubarrones se alejaron.

Un rayo de sol atravesó el cielo como una lanza, y entonces apareció el precioso arco de Iris, una de las mensajeras de los dioses.

Una parpadeó y sus largas y finas pestañas temblaron de una manera que solo significa una cosa.

Que he hecho otra referencia clásica.

A nuestro alrededor, el sosiego del parque de Hampstead Heath. Los corredores, conectados a sus pequeños reproductores de música, continuaban sus recorridos. Los escolares, con sus tabardos fluorescentes, andaban a la búsqueda de banderitas de vivos colores. Los adolescentes hacían acrobacias con sus bicicletas.

Y todos los demás con la mirada clavada en sus teléfonos, a la espera del próximo mensaje.

Me volví hacia Una.

¿Iris? —sugirió moviendo la cola como una bandera, como hace cuando está interesada en algo, aunque suela tratarse de un ratón de campo en estado de descomposición.

Iris, el arcoíris, era una diosa mensajera, junto con Hermes. El mundo antiguo, al igual que el nuestro, se alimentaba de mensajes. La gente rezaba a los dioses y enviaba maldiciones. Heraldos y embajadas llevaban ofertas de paz o amenazas de guerra. En el teatro ateniense, el discurso pronunciado por un mensajero es uno de los momentos dramáticos cruciales de la obra.

El sol había salido del todo, el arcoíris se desvanecía, las oscuras nubes desaparecían para regar los suburbios más alejados. Iris, habiendo cumplido su misión, regresaba al monte Olimpo para disfrutar de un bien merecido descanso, una copa de ambrosía y un chismorreo con sus compañeros inmortales.

Nuestra idea del arcoíris como el territorio *kitsch* de los unicornios de peluche no tiene nada que ver con la de los antiguos. Para Homero, Iris tiene «pies rápidos como el huracán»; es, asimismo, la hermana de las harpías, feroces seres mitad aves y mitad mujeres.

Nos paseamos por la Colina del Parlamento, comenzando a secarnos un poco. Una aprovechó la ocasión para restregarse en la hierba; lo único que consiguió fue parecer más desaliñada.

Todo gira en torno a los mensajeros —continué—. El arcoíris es un fenómeno celeste que ha maravillado a generaciones. Nosotros hemos aprendido a concebirlo como luz refractada en siete colores distintos. Pero observa cómo describe Virgilio a Iris en su poema épico la *Eneida*.

Busqué la cita en la aplicación SPQR.

*Ergo Iris croceis per caelum roscida pennis
mille trabens varios adverso sole colores
Iris por eso con sus alas de azafrán cubiertas de rocío
vuela por los cielos arrastrando mil colores diversos...*

En ese momento, la diosa se acerca a la Tierra en una misión celestial. Es descrita como *roscida*, cubierta de rocío; con *croceis pennis*, alas de azafrán, y arrastra consigo *mille colores*, mil colores.

¿Mil?

En realidad, Una no puede ver los colores, pero se sentía un tanto confusa, no obstante.

En la *Ilíada* de Homero, Iris es *porphureen*.

¿Eso quiere decir 'púrpura'?

En efecto, Una. Pero no es eso lo que Homero estaba pensando.

Busquemos la palabra en el Liddell y Scott. Se trata de un diccionario de griego antiguo, publicado por primera vez nada menos que en 1889, y sigue manteniendo esencialmente su forma original. Las cosas que usan los clasicistas no se parecen en nada a esos muebles de pacotilla que tienes que montar tú mismo: están fabricadas para durar, lo cual no puede decirse de los lavavajillas.

Este Liddell, por cierto, era el padre de Alice Liddell, que inspiró *Alicia en el País de las Maravillas*, que se ha traducido al latín como

Alicia in Terra Mirabilis.* Tengo mi Liddell desde hace más de veinte años. Incluso contenía algunos chistes.

¿De veras? ¿En un diccionario?

Sí. Si buscaras *sykophantes* en la primera edición, encontrarías el significado de ‘calumniador’; por entonces se refería a las personas que acusaban a otras de robarles los higos. «Esto es probablemente una invención», dice Liddell haciendo un juego de palabras con *fig* (higo) y *figment* (invención).

Cricrí —dijo Una.

¡Ejem! En las ediciones posteriores suprimieron el chiste. En lugar de cargar con un pesado volumen, lo tengo metido en mi teléfono.

Busqué *porphureos* y se lo leí a Una:

«del mar hinchado (*of the swoln sea*) [sic]...».

¿Tic?

No, *sic*. Significa ‘así’. Es latín. Se emplea cuando algo parece extraño o es un error, y lo colocas ahí para indicar que eso es lo que está escrito en realidad, como *swoln* en vez de *swollen*.

Continué con la definición: «del mar hinchado, *de oscura brillantez*; de la sangre; de la muerte en la batalla; de la tela, la ropa, etc., *oscuro*, *bermejo*; del arcoíris, prob. *brillante*, *resplandeciente*; y de las serpientes *reluciente*. Parece que Homero no conocía el *porphura*, por lo que la palabra no implica ningún color definido».

El *porphura* es el *Murex*, un molusco que, al aplastarse, producía un tinte púrpura; se trataba de un proceso costoso, por lo que era el color asociado con la riqueza y los emperadores.

Fíjate, sin embargo, en que «la palabra no implica ningún color definido». El arcoíris no es púrpura; desde luego, Iris no es completamente púrpura.

Iris nos muestra cuán diferentes eran los antiguos. Para nosotros, un arcoíris es un proceso físico. Para ellos, poseía un sentido de movimiento y de brillo que *arcoíris* no transmite ni por asomo.

Observa el arcoíris y puede que veas solo siete colores, porque has sido adiestrado para ello. Quizá ahora veas un millar.

* Charles Lutwidge Dodgson latinizó sus dos primeros nombres como Carolus Lewis y luego los invirtió como si los viera en un espejo. Como ves, el latín llega a todas partes.

Una estaba tirando de su correa. Una osada ardilla había aparecido a muy pocos metros. Se detuvo a mirarnos con sus ojos brillantes.

Parecía estarle diciendo a Una: «no puedes atraparme». Luego, por si las moscas, subió corriendo el tronco de un árbol para ponerse a salvo.

Abatida, Una se volvió hacia mí.

Siempre me estás dando la tabarra con los clásicos. ¿Qué son? ¿Y por qué se llaman clásicos? ¿Son como mis libros favoritos?

¿Cuáles son tus libros favoritos? —le pregunté.

Una reflexionó. Me pareció que estaba a punto de decir *Dog Quixote*,* pero se lo pensó mejor.

La palabra latina *classis* significaba, entre otras cosas, un grupo de romanos que había alcanzado un determinado nivel de riqueza; en otros términos, una clase. Luego dio origen al adjetivo *classicus*.

¿Qué quiere decir este adjetivo?

Excelente. De primera categoría. Lo más alto. Lo mejor del mundo.

*¿El pijama del perro?****

Exactamente. Los estudios clásicos se ocupan de aquellos que, con el tiempo, lectores, escritores y críticos llegaron a conocer como la flor y nata de la literatura de la era grecorromana. Concretamente, los muchos textos supervivientes de la Atenas del siglo v a. C. y la Roma de los primeros siglos a. C y d. C.

Tenemos suficiente poesía, prosa, obras teatrales, tratados filosóficos, historias y otros textos como para llenar muchas veces el Coliseo. Un día podrías estar leyendo un poema desenfadado sobre una batalla entre ranas y ratones; al día siguiente, una disquisición sobre ética; al otro, un esfuerzo temprano de ciencia ficción en el que alguien visita la Luna. La mayoría de los estudiantes comenzarán con la literatura y añadirán una pizca de filosofía para darle sabor.

También hay un libro de chistes, el *Filógelos*.

¡Cuéntame uno de esos chistes!

* Fácil juego de palabras con *Don Quijote* en inglés (*Don Quixote*), sustituyendo *Don* por *Dog* (perro). (*N. del T.*)

** En realidad, la expresión coloquial inglesa es *the cat's pyjamas* (literalmente, 'el pijama del gato'), empleada para referirse a algo extraordinario, el no va más. (*N. del T.*)

«Un alumno le pregunta a un profesor incompetente el nombre de la madre de Príamo. Sin saber cómo reaccionar, este le responde: “Bueno, por cortesía la llamamos Señora”.»

Tuvo que ser la bomba.

No podrías aspirar a leerte todos esos textos en toda tu vida. Tendrías que ser inmortal. Y solo las medusas son inmortales, y, además, no saben leer. Al menos eso creo.

Aun así, la supervivencia de un texto es un asunto precario.

Durante siglos, la poeta lírica griega Safo estuvo en nuestro radar, pero no conocíamos ninguno de sus poemas.

Hasta el siglo XIX no aparecieron fragmentos de Safo y, de entre todos los lugares, se encontraron en un vertedero en Egipto. Esto no es un reflejo de lo que la gente pensaba de ella, sino simplemente del hecho de que el papiro se usaba, se reusaba y se garabateaba hasta ser desechado.

Una escena de la novela del siglo XX de Ronald Firbank *Vainglory* [Vanagloria] demuestra la frustración de descifrar los pedazos de un manuscrito.

Aparece un profesor anunciando, a una sala llena de ansiosos invitados, el último descubrimiento, aparentemente de Safo. Todos esperan algo sublime.

Lo que escuchan es bastante diferente:

... el profesor declamó imponentemente el verso imperecedero.

—¡Oh, qué delicia! —exclamó lady Listless con aire perplejo—. ¡Realmente encantador!

—¿Alguien puede decirme lo que significa en nuestro idioma? Desgraciadamente, mi griego...

—En nuestro idioma —dijo el profesor con cierta reticencia—, significa: «No podía» [meneó un dedo], «¡No podía, por la furia de sus pies!».

Arrancada de su contexto, esa frase bien podía haber caído asimismo del espacio exterior.

En la actualidad hemos unido los fragmentos, y el poema de Safo deleita a millones de lectores. Un bot de Safo en Twitter coge su poema (traducido) e introduce un toque del mundo antiguo en el corazón mismo del moderno.

Entonces, si deseas conocer a los clásicos, ¿por dónde has de empezar?

Por la lengua. La primera parada, la *fons et origo*...

¿La qué?

Disculpa, la fuente y el origen de este tema descomunal son las lenguas en las que se compusieron estos textos.

¿No pueden leerse traducidos?

Puede hacerse. A menudo me preguntan cuál es «la mejor» traducción de la *Iliada*, lo cual es como tener que escoger tu sinfonía de Mozart preferida. Esta es la versión en verso de la *Iliada* de Alexander Pope:

*Achilles' wrath, to Greece the direful spring
Of woes unnumber'd, heavenly goddess, sing!**

Pero escucha la versión en prosa de E. V. Rieu:

*The Wrath of Achilles is my theme, that fatal wrath which, in fulfilment of the will of Zeus, brought the Achaeans so much suffering...***

Rieu*** no menciona siquiera a la diosa hasta unas líneas después. Comparar las traducciones es una forma de degustar el sabor de los textos, pero para disfrutar del banquete entero, merece la pena enfrentarse con las lenguas mismas.

El clasicista estudia latín clásico y griego clásico, su gramática, su sintaxis y su vocabulario. También se puede ahondar en cómo era el

* «La ira de Aquiles, a Grecia el aciago manantial / de innumerables infortunios canta la diosa celestial.» (*N. del T.*)

** «De la ira de Aquiles os hablo, de esa ira fatal que, en cumplimiento de la voluntad de Zeus, tanto sufrimiento causó a los aqueos...» (*N. del T.*)

*** E. V. Rieu escribió, asimismo, poemas ligeros para niños. He aquí una muestra:

«Said the Shark to the Flying Fish over the phone: / Will you join me tonight? I am dining alone.

»Let me order a nice little dinner for two. / And come as you are, in your shimmering blue» («Dijo el tiburón por teléfono al pez volador: / ¿Cenamos juntos esta noche? Lo pasaremos mejor. / Vente con lo puesto, con tu azul resplandeciente / y una rica cena para dos encontrarás caliente».) No es muy recordado por estas poesías.

latín antes de llegar a ser latín (respuesta: muy extraño), e investigar en profundidad las raíces de las palabras, hallando paralelismos entre el latín y el griego, remontándose a sus fuentes teóricas.

Y mientras aprendes la lengua, también estarás degustando los textos. Con los textos, como las dos caras del mismo sestercio, vienen los contextos.

Esta disciplina exige un buen chorro de historia antigua. Si la literatura es el bistec, el trasfondo es la salsa bearnesa. El estudio del poeta romano Virgilio resulta más sabroso cuando sabes que compuso la *Eneida* bajo la atenta mirada del emperador Augusto.

¿Qué periodo se abarca entonces?

Puedes comenzar con las sociedades pregregias en torno a 2700 a. C., y recorrer a galope el Imperio ateniense y el Imperio romano, hasta llegar al final del Imperio bizantino (que fue una extensión del romano) en 1453 d. C.

Una piensa en años caninos, que son bastante más cortos que los años humanos, por lo que esas etapas se le antojaban casi inimaginables.

Migajas —dijo con un temblor de hocico.

Bien puedes invocar esos bocados de incredulidad. Durante ese inmenso tramo temporal, tanto el griego como el latín circulaban sanos y robustos por toda Europa e incluso por el resto del mundo. Existe un corpus titánico. El latín era un modo internacional de comunicación, hasta en los lugares más sorprendentes. Un azteca del siglo XVI, por ejemplo, envió una carta al rey de España escrita en latín.

La historia de Stephanus Parmenius ilustra esta dimensión. Nació en Hungría en el siglo XVI y visitó la mayoría de las universidades de Europa antes de llegar a Christ Church en Oxford. Se unió al explorador sir Humphrey Gilbert en una expedición a Norteamérica y escribió un poema a bordo en hexámetros latinos. Desgraciadamente se ahogó. Pero ¿quién sabe?, si hubiera sobrevivido, podríamos tener un poema épico basado en lo que llegaría a ser Estados Unidos de América.

Incluso hoy en día, el papa tiene un diccionario en el que se dan nombres latinos a los fenómenos modernos.

¡Anda ya! —exclamó Una.

Claro que sí. Hasta hay una palabra para tren.

¿Cuál es?

Hamaxostichus. Se han traducido innumerables libros al latín y al griego antiguo. Mi favorito es *Winnie Ille Pu*.

Fíjate, Una, si alguien se sienta en una habitación a intentar construir en latín «Harry sacó su varita mágica», creo que podemos estar de acuerdo en que no se trata de una lengua muerta, ni siquiera zombificada.

¿Se sigue utilizando? —preguntó Una. Parecía un pelín sorprendida.

Así es. Y no solo en los innumerables lemas y locuciones. Existe una próspera subcultura en YouTube, con canciones, lecciones y parodias en latín. Busca el *Agamenón* de Rathergood, que empareja al poderoso líder de los ejércitos griegos con una pierna de cordero (*leg of lamb*, en inglés) llamada Legolambnon. «Hasta Troya con la armada navegué», canta el rey. «Sabroso estoy con salsa y con patatas en puré», responde el asado. Radio Bremen emite habitualmente boletines en latín, denominados *Nuntii Latini* (noticias en latín).*

Existe una versión de Wikipedia en latín, *Vicipaedia*, con noticias actualizadas en dicha lengua. Los sábados por la mañana me encontrarás normalmente devanándome los sesos con el crucigrama en latín de *The Times*, llamado *O Tempora!* (¡Oh, tiempos!). También soy miembro de un club de lectura de los clásicos, Pindr, que se reúne quincenalmente. Hemos estado leyendo en griego *La vida de Marco Antonio*, de Plutarco, así como algunos poemas de Horacio.

¿Por qué se llama Pindr?

Por el poeta Píndaro. Solemos comunicarnos en latín. He aquí una muestra de nuestros mensajes:

«*Si ancillam filio invenire potero, veniam!*».

O, en castellano: «¡Iré si consigo encontrar una niñera para mi hijo!».

Lolio Máximo —dijo Una.

Giovanna Chirri, una periodista italiana, consiguió una primicia

* El titular en el momento de entrar en prensa rezaba: *Negotia de Europaeis auxiliis contra coronavirus composita* (lit.): «Ha tenido lugar la negociación de los aliados europeos contra el coronavirus».

porque fue la única persona que entendió al papa cuando este anunció en latín que acababa de renunciar a su ministerio.

Excelente —dijo Una—. Y, desde luego, terriblemente útil.

Le dediqué mi mirada más severa.

Las lenguas son importantes. Pero existe asimismo otro aspecto que es igualmente válido. Como en mi caso, muchos llegan a los clásicos por la vía del encantamiento.

Había un libro de Usborne llamado *Animal Stories* [Historias de animales]. Me lo había comprado mi madre. Contaba las fábulas de Esopo y otros cuentos originales, pero yo ansiaba llegar a la sección dedicada a los animales mágicos.

Ahí conocí (y compadecí) al kraken, un monstruo marino que arrastra hasta la muerte a los marineros incautos; ahí conocí al unicornio, atraído desde su escondite por una niña tibetana; también al monstruoso grifo devorador de bueyes. Me afectó especialmente la cocatriz, la serpiente mortal nacida de un huevo de gallo, que devastaba a los seres vivos con su aliento. Desde entonces, durante muchos años los gallineros me ponían nervioso.

Pero todos ellos son aperitivos anecdóticos para el evento principal.

Se me humedecieron un poco los ojos, abrumado por el recuerdo de mis cinco años, envuelto en una manta, inmerso en un mundo fantástico.

¿A qué evento principal te refieres? —Una embistió contra mi pan-torrilla.

Perdona, Una. —Me devolvió al presente con su elegancia habitual—. Me refería a la historia del mito griego, del héroe Belerofonte y el caballo alado Pegaso.

Incluso a aquella temprana edad, sentí que había en ella algo más profundo y más resonante que en las demás historias. Aquel relato contaba algo urgente e importante acerca del mundo.

Todavía tengo el libro, ahora muy maltrecho. Las ilustraciones parecen cómicamente rudimentarias. Todos lucen coronas de laurel y togas, que, desde luego, los antiguos griegos no llevaban, y la historia está muy resumida, para los oídos del público infantil.

En la versión de Usborne, Belerofonte es enviado por un rey que lo odia, por razones no reveladas, a matar a un monstruo llamado

quimera. Recibe la ayuda de la diosa Atenea (quien aparece como una mujer con aspecto de estrella de cine). Esta le proporciona una brida mágica y le ordena domesticar a Pegaso.

Pegaso cautivó de veras mi imaginación, con sus anchas alas plumosas tan incongruentes y, sin embargo, tan apropiadas. Es un símbolo muy potente, y por entonces yo ignoraba que había surgido de la sangre de la cabeza de la Gorgona asesinada.

¿De verdad?

¡Sí! Por eso a veces vemos a Perseo, que mató a la Gorgona, a los dos del caballo. Los dos héroes se confunden. Pegaso tenía un hermano llamado Crisaor. Este había nacido de la cabeza de la Gorgona al mismo tiempo que Pegaso. No era un caballo. No tenía alas. Era simplemente un hombre. Pero fue el padre de un gigante tricéfalo. Ya sabes, lo que se pierde aquí se gana allá.

Pegaso tiene una larga vida en el más allá. Podemos verlo vigilando las puertas del Inner Temple en Londres, fundido en bronce, con los cascos levantados hacia los cielos. La combinación de la belleza del caballo y la elegancia de las alas no tiene parangón en el mito griego.

Lo inquietante, a la par que interesante, era que Belerofonte, tras haber matado a la quimera llenándole la garganta de plomo hirviendo, creció demasiado para sus borcegués.

Cabe imaginar que, al regresar a casa, con el cuerpo de la quimera amarrado al lomo alado del caballo, bebería cerveza, se atiborraría de buey asado, se correría una juerga y, entre eructos y olores corporales, le contaría a todo el que estuviera dispuesto a escucharlo que era un héroe famoso. Sus músculos, una vez firmes, comenzarían a convertirse en grasa flácida.

Como los tuyos —dijo Una.

Haz el favor. Se convertiría en un pelmazo, apoyado en la barra de su taberna local. Sus amigos empezarán a rehuirlo.

—¿No te he contado —mascullaría dando buena cuenta de su tercer cuenco de vino— que la quimera tenía tres cabezas? —Probablemente se habría hecho una alfombra con ella, o al menos habría clavado las cabezas encima de la mesa de su comedor.

—Disculpa, tengo que ver a un hombre para hablar de un perro...

—Adelante entonces. —Podría haberle dicho uno de los que to-

davía le escuchaban—. Si eres tan especial, ¿por qué no se lo cuentas todo a Zeus?

Su orgullo habría sido herido. Esos imbéciles no sabían lo que él, Belerofonte, había llevado a cabo. ¡Había matado a un monstruo! Lo más parecido que cualquiera de ellos había hecho era arrear a una cabra afligida. Quizá fuese de origen divino. Quizá debía subir a los cielos y reclamar sus derechos de nacimiento.

Eso fue lo que hizo el héroe. Soltó su jarra de cerveza salpicando espuma sobre la mesa, se limpió la boca con el dorso de la mano (como siempre hacen los héroes borrachines), montó a Pegaso y se elevó hasta los cielos, hacia el monte Olimpo, el hogar de los dioses.

Pero Zeus lo reconoció desde lejos. A Zeus no se le puede ocultar nada.

Había oído hablar del tal Belerofonte y estaba algo pendiente de él. Se había pasado de la raya. ¿Un mero mortal intentando profanar las alturas celestiales?

Ordenó a una abeja que fuese a atormentarle el viaje.

Pegaso, enloquecido, tiró a Belerofonte de su lomo, y el jactancioso héroe cayó en picado y murió.

Hasta aquí la historia de Belerofonte.

Entretanto, Zeus decidió que le agradaba el aspecto de Pegaso y lo mantuvo para que tirase de su carro. (Por qué los dioses necesitaban carros cuando podían materializarse a voluntad es algo que siempre me ha incomodado, pero sospecho que era pura ostentación. Como esos oligarcas que tienen setenta coches deportivos y un megasótano solo para guardarlos.)

La muerte de Belerofonte fue un indicio temprano de que el mundo de los antiguos no era tan simple. No solo consistía en cargarse a un monstruo, casarse con una doncella y gobernar un reino. Podía maravillarme ante la proeza de Belerofonte, pero al mismo tiempo esta se vio complicada por su estupidez.

Por entonces yo no lo sabía, pero acababan de presentarme uno de los conceptos principales del mundo clásico: la *hibris*, o desmesura.

Este término se interpreta generalmente como comportamiento orgulloso que conduce a una caída. La comprensión antigua de la *hibris* era más compleja y significaba un acto realizado para deshonra de

alguien. El vuelo de Belerofonte al Olimpo habría avergonzado a los dioses, luego este tenía que marcharse.

Esta historia tenía otras muchas facetas. Una de las más profundas es la forma en la que la transmutó el filósofo Platón. La versión de Platón presenta a un auriga, que simboliza el alma, conduciendo dos caballos alados hacia el cielo. Uno de los caballos es indómito y amenaza con tirar del auriga para hacerlo descender de nuevo hacia la Tierra; el otro es dócil y lo eleva hacia los cielos. Llevar las riendas de los caballos se convierte en una metáfora común del autocontrol: lo vemos asimismo en una tragedia de Eurípides, en la que Hipólito pierde el control de su carro y muere.

Se trata de la lucha del hombre, iluminada por el mito y metamorfoseada en filosofía. Cualquiera puede hallar relevancia en esa imagen.

Volveremos a encontrarnos con Belerofonte cuando hablemos de Homero y de la tragedia.

Por el momento, regresemos a Iris y los mensajeros. La historia de Belerofonte, incluso en su forma expurgada y truncada, seguía expresando algo resonante.

Los mitos conciernen a la transmisión, distinguiendo momentos en los que cambia la naturaleza del mundo y ofreciendo, sin embargo, verdades universales acerca de la experiencia humana.

Al leer los textos antiguos, al tratar de absorber lo acontecido con anterioridad y su relación con nuestra situación presente, estamos embarcados en una búsqueda de la esencia de la realidad destinada a comprender quiénes somos, por qué existimos y qué nos ha creado.

Me detuve. Comenzamos a subir la colina.

Sin embargo, Una no se alejó corriendo como solía hacer. En lugar de ello, caminaba junto a mí moviendo el hocico.

Todo eso está genial. Pero ¿hay más perros en este asunto? —preguntó.

¿Perros? ¡Oh, sí! —le respondí—. Un montón.

Adelante entonces.

Veamos. ¿Qué tal la historia de transgresión de género de Procris y su perro mágico?

Me parece un excelente punto de partida —dijo Una.